



ARZOBISPADO DE SANTIAGO – PALABRAS DEL ARZOBISPO
Santiago, sábado 20 de marzo de 2021

JORNADA DE INICIO DE AÑO PASTORAL 2021
PALABRAS DE CIERRE DEL CARDENAL
CELESTINO AÓS BRACO OFMCAP

Paz y bien a todos.

Mis felicitaciones al padre Carlos (Carlos Godoy, vicario pastoral del Arzobispado de Santiago), no solamente por la exposición de hoy, sino por todo el trabajo que hace. Felicitaciones a usted Yeri (Yeri Contreras, guía de la jornada) y a todos los que han preparado, especialmente, ese material tan rico.

Yo creo que con eso ya valía la pena. Porque el material que hemos visto nos ha respondido a una interrogante, a una cuestión. Hay gente que dice que en la Iglesia no se hace nada y vemos que en la Iglesia se hacen muchas actividades y que, en definitiva, se refleja que hay vida. Por eso es importante constatar esto. A veces por nuestra ignorancia que hacemos afirmaciones como estas.

La imagen del Buen Samaritano la hemos visto con varios rostros durante todo este tiempo. En los enfermeros, en los médicos, en las ollas comunes, en la atención a los enfermos. Que poco se ha dicho y que poco sale ese grupo de sacerdotes que se prepararon de un modo especial y que están disponibles para ir a atender a nuestros enfermos en las situaciones más contagiosas. Los capellanes de migrantes.

Hay mucho Buen Samaritano, y claro, uno se pregunta ¿quiénes han sido samaritanos conmigo? Pero Jesús da vuelta la pregunta, y no le dice quiénes han sido samaritanos, quién es mi prójimo, sino que le dice: anda y haz tú lo mismo, sé tú samaritano de los demás. Y a nosotros se nos invita a ir a esto, a ser samaritanos. Nos dice el Evangelio que había unos bandidos, no sé si eran pocos o muchos, pero había unos bandidos. Había un pobre hombre al que agarraron y dejaron mal herido y había otros que pasaron y que siguieron de largo. Pero había un samaritano, por lo menos.

Aquí tenemos nosotros un desafío a nivel de la pastoral y que nos va a guiar. Esta imagen del Buen Samaritano. A mí me gustaría soñar con una Iglesia siempre pura, santa, generosa, misericordiosa, limpia y sin pecado. Pero la Iglesia es la Iglesia, es una Iglesia humana, Jesús va convocando y entonces, tendríamos el peligro de actuar como aquellos que pasaron, porque claro, agarrar al herido era retardar la marcha, ellos seguramente tenían muchas cosas que hacer, tenían otros proyectos y nosotros también como agentes pastorales tenemos que estar muy atentos y con mucha sensibilidad, porque podemos querer hacer un grupo que marca el paso, pero sin embargo nos olvidamos de los más frágiles, de los más débiles. Y de esa manera nos sobrarían los ancianos, que no pueden acomodarse al paso que nosotros queremos dar, y los niños, que como no han sido catequizados, o porque no han ido al colegio y están en la casa... Vamos así llegando a posiciones complicadas de descarte.

En estos momentos, por supuesto que para mí hay un sentimiento de inseguridad, que no lo oculto, a veces me preguntan los sacerdotes: ¿qué vamos a hacer? ¿qué hay que hacer? No tengo un manual, hay que estar con los ojos y el corazón abiertos a ver cómo se van presentando las circunstancias, cómo serán nuestras catequesis, cómo será nuestra acción con los enfermos, cómo será nuestra acción en la parroquia, pero lo cierto es que no vamos a volver a lo de antes. Y el no tener una seguridad que ofrecer, a mí me crea también inseguridades, es decir, por dónde vamos, hacia dónde vamos.

Tal como lo dije -y aquí también paso otro aviso- algunos se quejan de que no hablan. Oiga no sé si han leído ese documento de la Integridad del Servicio Eclesial, que es para todos los agentes pastorales, para todos, no solamente para los sacerdotes y los obispos. Para usted. Y para comenzar la Cuaresma yo mismo escribí un mensaje a los fieles, otro a los diáconos y otro a los presbíteros. Ayer comenzó el año de san José y por esta razón y otras cosas escribí a los sacerdotes. Quiero decir que hay una comunicación, y aunque no haya esas certezas que muchos quisieran, con plazos, por lo menos está ese deseo y ahí lo marqué: el criterio para nuestras acciones es si vamos o no hacia Jesús. El criterio no es la eficiencia, hacer una estadística o la fama de la Iglesia, sino que saber si vamos o no hacia Jesús.

Por supuesto que aun así tenemos que tomar decisiones y tengo que confiar en las personas y tengo que confiar en los cambios. En la pastoral hay cambios y en la Iglesia hay cambios. Ahora hay algunos cambios, puede que a usted le toque cambio en su parroquia. Está bien y hay que tener presente que no soy yo el que se pone al centro, sino que es Jesús. Todos son ovejas y el pastor tiene que pensar en todas, no solamente en una, sino en todas; especialmente en las más débiles o en aquellas que tienden a irse descarriadas.

Es importante el tener que aceptar esta dinámica de los cambios, esta dinámica de la realidad, porque somos los que somos. Y ahí cabe una crítica sana, que siempre debemos hacer en la Iglesia como cristianos adultos, pero también, y el Papa ha advertido muchas veces, está esa crítica venenosa que

divide a la comunidad, y dividir a la comunidad es un pecado gravísimo y habrá que preguntarse si yo ayudo o divido. La carta de Santiago, ya nos hablaba de la lengua y parece que ya en aquellas comunidades cristianas estaba ese problema.

Lo que sí tengo frente a esta inseguridad es la certeza de que ni yo estoy solo, ni los agentes pastorales, ni los cristianos estamos solos. La Iglesia no va perdida. Es Jesús que nos acompaña y, a veces, nos indica que tenemos que corregir una cosa. Nosotros somos sus testigos y colaboradores. Y estos son los sentimientos que puedo decir en este momento. Esa certeza de que es Jesús quien va guiando a su iglesia. Y una idea sería que el camino es el mismo, el camino de la vida cristiana es el mismo, otros ya pasaron por donde yo paso y cada uno lo recorrerá y no sabe si a la orilla del camino va a encontrar flores o se va encontrar con bandidos, pero lo importante será que tenga ese corazón dispuesto para ayudar.

En una familia, por ejemplo, y lo hemos visto en este tiempo, los grandes quieren tener un ritmo, y es normal, pero si hay niños o si hay ancianos, tienen que ir a otro ritmo, y entonces, seguir el ritmo de los grandes siempre es atropellar a los niños, atropellar a los ancianos. En una comunidad cristiana, en una parroquia, como decía San Pablo: "Ustedes que son fuertes en la fe, ayuden a los que son más débiles", porque hay otros más débiles, porque hay otros que les cuesta cambiar, porque hay otros que se aferran a estructuras, a pasos.

Entonces, ayudémoslos y veamos que, precisamente, avanzamos en unión, en Iglesia, y que estamos llamados a aportar, especialmente los agentes pastorales. Estamos llamados a aportar al pueblo de Dios y a aportar a la Iglesia. Y aportar es dar, pero aportar es también recibir. Si alguien viene a una reunión como esta y cree que ya lo sabe todo, que él tiene todas las soluciones, el Papa lo dijo bien clarito: anda equivocado. Ni siquiera el Papa sabe todo.

Y por tanto estas reuniones son para animarnos a servir al Señor con alegría. Bastante amargura, bastante desesperanza hay ya en nuestro ambiente, porque tenemos esa mala práctica de ver lo malo, lo que falta, y no saber valorar y disfrutar lo bueno o desanimarnos. Servir al Señor con alegría y generosidad. Animarnos a ser buenos samaritanos y, por supuesto, mirar lo que los otros van cambiando, pero la pregunta es ¿qué voy a cambiar yo? ¿qué tienen que cambiar los presbíteros, el obispo, el papa, el arzobispo, los casados? ¿qué voy a cambiar yo? Y entonces, por ahí es donde vamos avanzando.

Termino. Me parece que es importante, como un desafío, insistir en valorar lo que Dios está haciendo a través del otro. Hay algunos quieren hacerlo todo, pero todo nadie puede hacerlo todo. Hay unos que están aportando en comunicaciones, hay otros que están desde una secretaría, hay otros que están en la pastoral de la misericordia. Y todos somos hermanos, todos somos miembros de la misma Iglesia, bautizados, y todos estamos aportando. Y yo tengo que valorar lo que aporta cada uno y ayudarles si puedo, si es que veo

que hay fragilidad en su aporte. Por eso el conocernos, hablar, me parece que ya es algo importante.

Quisiera para la próxima vez entonces, que me traigan un canasto de coronas, porque esto se los digo desde el fono del corazón, lo que he descubierto como obispo, en los años en que estuve en el norte, una zona minera, y lo que he descubierto aquí, en la Iglesia de Santiago, a pesar de que, ustedes saben que hay muchos meses y días aquí de confinamiento, de tener que estar encerrado en la casa, es que hay realmente personas absolutamente excepcionales; he encontrado mamás, esposas, ancianos, realmente excepcionales, buenos, santos; he encontrado personas mediocres, y algunos otros por desgracia parece que andan en las sombras.

Pero me alegra, y tengo que reconocerlo, que en este momento y en esta Iglesia, que para algunos es tan tormentosa o está tan desenfocada, hay espacio para ser santo. Y el que no quiera ser santo, quien no haya sido santo, no lo será, porque pueda culpar al párroco o al obispo, o al esposo o a la esposa. Cada uno de nosotros debe ir por ese camino (de la santidad).

Por eso que nuestra oración tiene que ser, y en el día de hoy también y como para cerrar, tienen que ser de agradecimiento, quizás fuera bueno que en algún momento nos diéramos esa tarea de decir vamos a hacer hoy: recoger lo bueno, resaltarlo más. Ya ha sido, por eso lo vuelvo a indicar, el comienzo, con esas imágenes de lo mucho que se está haciendo, muchas obras buenas, sabiendo sí, que no es la actividad en sí lo que cuenta, ya lo decimos tantas veces en la oración: "Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles". Y lo decimos también, y nos lo dice el apóstol que yo podría hacer milagros, yo podría hablar muchas lenguas, yo podría incluso entregar mis bienes a los pobres, podría dejarme quemar vivo, qué más quieren que pueda hacer un obispo, o eso no sirve de nada si no tengo amor. Y Como agente pastoral podría hacer esto y lo otro y lo otro, pero lo que cuenta es el amor que llevamos ahí en el corazón.

Yo me alegro por esta inquietud, por este deseo de fidelidad al Señor, que es una muestra, entiendo de amor, y lo invito y me invito a mí mismo, a que vayamos tratando de abrir el corazón a Dios que nos habla, es como han visto una riqueza enorme, el abanico que se ha presentado ahí, tanto de lo que ha aparecido en las asambleas, como en esa visión que nos entregó el padre Carlos Godoy.

Gracias a ustedes por participar, gracias por todo su aporte y yo sigo creyendo en ustedes, cada uno de ustedes está ahí no porque yo lo haya llamado, está ahí porque el Señor es quien lo llamó a la fe, quien le dio el bautismo y quien lo llama a la Iglesia. Y estamos en la Iglesia con Jesús que ha venido, no a ser servido, sino a servir, también aquí tendremos que ver que a veces en esta acción pastoral hay personalidades fuertes o hay grupos que quieren imponer y quieren avasallar.

En definitiva, estamos ahí diciendo que queremos una Iglesia servidora, sencilla, humilde, como la de Jesús, que no busca el poder, pero luego apenas llega una situación crispada como puede ser la que hemos vivido días pasados inmediatamente queremos formar grupos de presión. Bueno, somos coherentes o no somos coherentes. Es hermoso estar en la Iglesia, es hermoso ser cristiano hoy, es hermoso acoger a los otros hermanos que no piensan como yo, que tienen otras virtudes, que tienen otras cualidades, pero que confían también en el Señor y a los que el Señor también espera al final del camino y nosotros estamos para ayudarles a que en este camino sean fieles al Señor y avancen con Él.

Gracias.

**+ Celestino Card. Aós Braco OFM Cap.
Arzobispo de Santiago**